

ción era marchar hacia la izquierda; hacia ver que le habían sido arrancadas las resoluciones que él había adoptado ya en su mente, y las concesiones que tenía predispuestas. No guardando consecuencia en su modo de obrar, sino haciéndolo por medio de rasgos instantáneos, de golpes teatrales, irreflexivos, tomaba las resoluciones más inesperadísimas, salvo el cambiar despues enteramente de idea para marchar por vías intermedias, segun y conforme debian demostrarlo sus contradicciones. Audaz y flemático al mismo tiempo, resuelto á adoptar ciertas cosas aun cuando fuesen puramente simples utopías; vacilante en los medios, sabia refrenarse y esperar largo tiempo, pero estando siempre alerta; cuando descubria el precipicio, retrocedia, saltaba por encima de dificultades gravísimas; y cuando estaba seguro de salir bien de la empresa entonces fiándose en la fortuna que tan bien le servia, se dejaba conducir por los hechos, más bien que sabia conducirlos él mismo. Lisonjeaba siempre con las promesas de ampliar la Constitución, y cuando por último se decidió á hacerle, dijo: « Yo os aseguro el orden; ayudadme vosotros á mantener la libertad. »

Cuando se lleva el nombre de Napoleon, hay cierta necesidad de imitarle; así, todo su liberalismo se encerraba en el desarrollo de las instituciones en el interior, y en hacer sentir su influencia en el exterior. Quiso volver á emprender el llevar á cabo la obra de su tío, pero sin excesos ni violencias, y acompañada de todos los progresos hechos por la civilización, y los prestigios del arte; con el sufragio universal, con los tratados de comercio, con el libre cambio, y con la nacionalidad. « Al estado enfermizo en que se encuentra la Europa, decia, le es necesario un Congreso en donde desaparezcan los amores propios, la oposición y las resistencias ante el juicio de árbitros supremos; es necesario que, á los deberes sin regla, á los derechos sin títulos, á las pretensiones sin freno dimanadas de la sucesiva infracción del paco fundamental del edificio político de Europa, que se desmorona por todas partes, sea sustituido un orden de cosas fundado sobre los intereses bien entendidos de los soberanos y de los pueblos. » Pero tambien decia que él representaba un principio, la revolucion; un hecho, el imperio; y que tenia un Waterloo que reparar.

La Europa se mantenía muy sobre aviso al ver depender su suerte de los designios ó caprichos de este hombre incomprensible, de esta esfinge que desconcertaba á los más avisados y astutos, y sabia eludir y frustrar á los más hábiles políticos.

IV

LA GUERRA DE CRIMEA.

Cuando se reprocha á los diplomáticos el sostener con tanto empeño la conservación de la Turquía, contestan que lo hacen no por afecto ni simpatía por ella, sino por temor de la Rusia, cuya potencia, por tradicion inmemorial, aspira á la posesion de Constantinopla; y que una vez dueña la Rusia del Bósforo, eso significaría el hallarse la Europa á los piés del Czar.

Mientras que las otras potencias estaban ocupadas en curar las heridas hechas por la revolucion, y arreglar el sistema interior de su gobierno, la Rusia, incólum de los trastornos de aquella, despues de haber ayudado al Austria á someter la Hungría, por el temor de que las poblaciones turcas y polacas no acudiesen á echar leña en el fuego y aumentasen el incendio, se quedó hecha la principal tutora y defensora de las monarquías legítimas, y se acrecentó su fuerza. Á cada sacudimiento que se sentia en Europa, á cada sublevacion de las razas que ocurría en Austria y en Turquía, ella salía siempre gananciosa en territorio é influencia. Mientras que hace un siglo su ambicion se limitaba entonces al Mar Blanco, ahora amenaza á la Alemania, y aspira al Mediterráneo.

Durante las revoluciones, habia ocupado con setenta y cinco mil hombres los principados del Bajo Danubio, sin que la diplomacia estuviese dispuesta á impedir la invasion de unos países de tan grande importancia. De este modo preponderaba en Levante con el protectorado de aquellos principados, con la posesion de las Bocas del Danubio, con el dominio exclusivo del Mar Negro, y con su ingerencia entre las poblaciones cristianas de la Turquía.

Jerusalen es un lugar santo para los Musulmanes mismos, no ménos que para los Cristianos; y á él acuden en peregrinacion todas las sectas, teniendo allí su iglesia cada una de ellas. Los Griegos cismáticos eran mucho más numerosos que los Católicos romanos, los cuales, mientras que en el año de 740 poseian diez y nueve capillas, en el de 1850 se ballaban reducidos á nueve solamente. Así, los Griegos invadieron los santuarios más venerados, destruyeron los sepulcros de Godofredo y Balduino y de los otros Cruzados, considerándolos como invasores extranjeros. Los Católicos recurrieron á la Francia, la cual dirigió sus quejas á la Puerta; esta las escuchó, y propuso que se hiciese un convenio; pero la Rusia se opuso á ello y envió á Constantinopla al príncipe Menschikoff, el cual reclamó

los derechos del rito griego, se quejó de que estos derechos fuesen perjudicados, y pasó una nota amenazadora y descortés sostenida por los armamentos hechos en la Besarabia, declarando que el protectorado de los Cristianos ortodoxos en todo el Oriente pertenecía á la Rusia.

La Puerta, siempre débil y vacilante, se conformó y cedió á esta exigencia, y expidió un firman; y como viven en el imperio turco unos diez á doce millones de Griegos, resultaba que este firman era dar un verdadero patronato al Czar; era constituir otro Estado en el Estado. Los Griegos que, en lugar de encerrarse y organizarse en los límites convenidos en los tratados, señalados al reino helénico, están esperando siempre la ocasion y el momento oportuno de ocupar sus límites naturales, han visto constantemente un amigo suyo en el enemigo de la Turquía; é inmediatamente empezó á sentirse en las provincias griegas sujetas todavía á los Otomanos ese bullebulle causado por los intrigantes, por los hombres de sentimientos generosos, por los engañadores, por los engañados, por las víctimas y por los sacrificadores; cuya agitacion provoca y predispone á las revoluciones. La estrella polar de todas estas gentes era la Rusia, y su Mesías Menschikoff, el cual fué festejado en Constantinopla, encomiado en los periódicos, exaltado en la Tesalia y en la Macedonia, bien persuadidos todos de que con aquel firman, la Rusia se hacia de hecho su verdadera cabeza, su verdadero jefe, que en ella verian transferidos sus derechos y privilegios y que, en lo sucesivo, el imperio turco no sería ya más que un feudo de la Rusia.

Las Potencias, en vista de esto, se alarmaron é indujeron á la Turquía á que se desdijese, lo cual dió lugar á cruzarse un activo va-y-viene de notas diplomáticas tan complicadas como en el año de 1821. Cubriéndose con la máscara de la hipocresía, que es una nueva bajeza de la diplomacia actual, unida á las de la diplomacia antigua, todos protestaban que querian la paz, pero, por último, vino á estallar una guerra de las más extrañas que la historia recuerda. Bajo pretextos, que nunca faltan en casos semejantes, el ejército ruso pasó el Pruth, ocupó las provincias del Danubio, y su flota bombardeó la flota turca en las aguas de Sinope.

Ansioso siempre Napoleon de rasgar los tratados de 1815, intimó á la Rusia que se retirase, y habiéndose esta negado á ello, hizo una alianza con la Inglaterra y con la Puerta, excitando al mismo tiempo á las demas Potencias para que tomasen parte en una guerra justa y moral. Las escuadras francesa é inglesa entraron en el Mar Negro y bombardearon á Odesa, emporio del comercio ruso.

El Austria, siquiera por gratitud, hubiera de-

bido aliarse con la Rusia; pero esto la expondría á verse atacada en sus provincias occidentales, y á tener insurrecciones en Italia y Hungría; por lo que, ateniéndose á sus tradiciones de Potencia conservadora, se limitó á ponerse de acuerdo con la Prusia con el fin de salvar los derechos religiosos y civiles de los súbditos cristianos de la Turquía; y ocupando la Moldo-Valaquia, alejó la guerra de la Hungría, y con esto el peligro de nuevas insurrecciones; y al paso que aseguraba á la Rusia contra un ataque por aquella parte, y al mismo tiempo evitaba una insurreccion en la Polonia; salvaba á la Europa de una guerra interior; de modo que los aliados se vieron obligados á tener que cambiar de planes.

Como nadie sabe lo que puede resultar de las guerras largas, los pueblos, pero particularmente los Griegos y los Piamonteses, volvieron á concebir nuevas esperanzas. Veian rota la alianza del Norte que era el eterno espantajo de las revoluciones: Francia é Inglaterra caminaban unidas temporalmente, pero se contaba con que no tardaria en renovarse la enemistad antigua y natural, y, hecha general la conflagracion, volvería á ponerse de nuevo en problema la suerte del mundo, y entonces sonaria la hora de los pueblos que en vano se habia querido adelantar con las conjuraciones y las insurrecciones.

Napoleón hizo « declarar lealmente, en el *Moniteur*, á los que creian y pensaban aprovecharse de las contingencias actuales para perturbar el orden, bien fuese en Grecia, ó bien en Italia, que perjudicarian los intereses de la Francia, la cual, así como defendia la integridad del imperio otomano en Constantinopla, así tampoco permitiría las agresiones de la Grecia, ni el que se tratase en los Alpes de desunir las banderas de la Francia y del Austria, unidas, como esperaba que lo estarían, en Oriente. »

Esta declaracion leal bastó para contener de hecho á los Griegos, pero el Austria se mantuvo firme en su neutralidad, y de este modo salvó á la Europa de una guerra general, pero se perdió y arruinó á sí misma, disgustando á su antiguo aliado que la acusaba de ingratitud, y á sus propios enemigos, que juraron castigarla.

Habiendo intentado, inútilmente, los aliados occidentales el operar en el Báltico, se dirigieron al Oriente, y el 24 de setiembre desembarcaron en Crimea 23,000 Franceses, 25,000 Ingleses, 8,000 Turcos y 15,000 Piamonteses. Poderosísimos esfuerzos tuvieron que hacer estas tropas, y horribles padecimientos que sufrir durante una campaña que duró mucho más de lo que se temía, habiendo sido preciso el enviar nuevos soldados para cubrir las bajas causadas por el cañon, por las tempestades, por las lluvias, y por el cólera. Mucho de los jefes de estos ejér-

bitos sucumbieron allí, entre ellos Raglan y La Marmora, y medio millón de hombres perdieron también la vida. Profundamente afectado, quizás la consideración de tantas víctimas fué lo que causó la muerte del Czar Nicolás, que falleció dejando el imperio á su hijo Alejandro II en circunstancias tan difíciles.

20 de agosto 1855. Derrotados los Rusos en la batalla del Alma los Occidentales ocuparon á Balaclava, y se acamparon delante de Sebastopol que era una de las fortalezas más poderosas, y en seguida empezaron á bombardearla; los Rusos, después de haber perdido 17,000 hombres la evacuaron. El Austria puso fin á estas hecatombas, haciendo que los Aliados estableciesen algunos puntos sobre los que pudiese tratarse la paz, y obligando á la Rusia á aceptarlos, declarándole que si no lo hacía así, se uniría con las Potencias Occidentales. La Rusia tuvo que resignarse, y se proclamó la paz, terminándose de esta manera una guerra emprendida sin objeto preciso, llevada á efecto sin vigor ni energía, y concluida sin prevision.

1.º de setiembre. 8 de noviembre. 17 de febrero 1855.

V

PAZ DE PARÍS. — GUERRA Y UNIDAD DE ITALIA.

Un Congreso fué reunido en París para arreglar las condiciones de la paz. La Francia no obtenía ventajas ningunas en cambio de tantos sacrificios hechos, pero figuraba como la parte principal. La Puerta entró á gozar de las ventajas del derecho público europeo, y volvió á confirmar la libertad religiosa. La Rusia le restituía á Kars y recuperaba de los Aliados, Sebastopol, Balaclava y los otros puertos del Mar Negro, el cual era declarado Mar neutral cerrado á todos los buques de guerra, y abierto á los navíos mercantes. Los principados del Danubio quedaban bajo la soberanía de la Puerta.

No se cambiaban las condiciones de libertad civil y política, solo se estableció la franquicia del pabellón neutral en tiempo de guerra, y se abolió el derecho de armarse en corso entre las naciones, pero conservando el de hacer la guerra. Los Americanos á quienes es debida la aplicación más lata de las leyes marítimas de guerra, protestaron contra la abolición de las patentes de corso, á fin de no hallarse, en caso de una guerra, inferiores á las naciones que sostienen una poderosa escuadra en tiempo de paz (1).

(1) Según sus ideas humanitarias, Napoleón III declaraba el 9 de Marzo de 1854 que suspendería el hacer uso de sus derechos, y no se apoderaría de las mercancías enemigas á bordo de los buques neutrales. Esta declaración ayudó muchísimo á la Rusia, al paso que perjudicó á la Inglaterra y más tarde á la Francia misma en la guerra del año 70, que no pudo emplear sus buques contra el comercio alemán, y tuvo que limitarse á la defensiva.

Cuando buscaban auxiliares los Aliados para la guerra contra la Rusia, pidieron al Piamonte que les diese algunos soldados. El Piamonte contestó que no los daría como mercenarios, es decir, por precio de dinero; pero que sí enviaría como aliado un cuerpo de ejército al mando de un general sardo. Aún cuando repugnaba á los patriotas el enviar un ejército contra una Potencia que no les había causado ningún perjuicio, ni hecho el menor daño, dejando al país expuesto á las eventualidades de un ataque del Austria, con el envío de este ejército quisieron reparar las humillaciones sufridas, poniéndose al par de las grandes potencias, y se dispuso el mandar quince mil hombres, recibiendo de la Inglaterra un préstamo de un millón de libras esterlinas al tres por ciento de interés.

Parecía natural, al hacerse la paz, que el Austria, que había preservado á la Europa del azote de la guerra militante, recibiese alguna compensación por la parte del Danubio. El gobierno piamontés se alarmó con esto, y dirigió notas y circulares vivísimas exponiendo en ellas y demostrando que el engrandecimiento del Austria redundaría en perjuicio de la libertad europea; que la predominación de la Rusia, que acababa de ser abatida, sería sustituida por la predominación austriaca, cuya Potencia no tardaría en obrar como dueña soberana en todo el territorio que se extiende á lo largo del Danubio, como lo hacía en Italia; que en Italia se consolidaría mucho más su unión con el imperio, disminuyendo la influencia de la Francia y de la Inglaterra, y reduciendo al Piamonte á la imposibilidad de sustraerse de la dominación austriaca. De modo que resultaría premiada aquella Potencia que se había negado á unir su ejército con el de los occidentales, y castigada aquella que no titubeó en favorecerlos.

Cavour consiguió tomar parte en el Congreso con los otros plenipotenciarios (1), y convidado á hablar por Napoleón que decía querer hacer algo en favor de la Italia, se extendió largamente, exponiendo las condiciones en que aquella se hallaba desfogando su cólera contra el gobierno austriaco, contra los de los otros Estados, especialmente contra el napolitano y el

(1) Con arreglo á la Bula de Julio II del año de 1504, los Estados eran clasificados en el orden siguiente: En primer lugar el emperador de Alemania, el rey de Romanos, heredero presuntivo del imperio; el rey de Francia, el de España, el de Aragón, el de Portugal, el de Inglaterra, el de Sicilia, la Suecia, la Hungría, Navarra, Chipre, Bohemia, Polonia y Dinamarca.

Seguían después, las Repúblicas de Venecia y de Génova, la Confederación Germánica, el duque de Bretaña, el Elector palatino, el de Sajonia, el de Brandeburgo, el archiduque de Austria, el duque de Savoya, el gran duque de Toscana, los duques de Milán, de Baviera y de Lorena. La Rusia no figuraba todavía entre las Potencias europeas.

del Papa. Dijo que era necesario reconstituir la Italia si se quería que no fuese ella la que perturbase continuamente la Europa: que debía confundirse y amalgamarse la ambición de la Casa de Saboya con los intereses italianos, ante todo el Occidente en donde no podría establecerse el equilibrio en tanto que el Austria oprimiese la Península. Por último, concluyó diciendo, que cualquiera que fuese la suerte que la Providencia reservase á los Italianos, todo hombre de corazón se recordaría siempre que Napoleón había sido el primero en preguntar: *¿Qué es lo que podemos hacer por la Italia?*

El atacar á Potencias independientes que no se hallaban allí representadas, era faltar á todas las reglas del decoro; era hacer un ultraje á la máxima de la « no intervención » por la cual se había hecho la guerra de Crimea; pero también era esta la primera vez que se había puesto en discusión la cuestión italiana en un Congreso europeo, con la intención de mejorarla; de modo que la causa liberal se encontró puesta, no solamente entre las manos de los conspiradores y de las sociedades, sino de un Gobierno.

Desde este momento se hizo solemne la enemistad entre el Austria, que era poderosa sí, pero repudiada por la opinión pública, y el pequeño Piamonte, débil, pero sostenido y apoyado por brazos fuertes, el cual se mostraba incansable en suscitar obstáculos y dificultades á su victoriosa vecina, atacándola en sus periódicos, y representándose él perseguido y amenazado; desde entonces el Piamonte fué el sinónimo de revoluciones. Cavour que quería hacer ver que la Italia no podía bastarse á sí misma, consiguió que toda ella le aplaudiese. Los emigrados de Rumania hicieron acuñar una medalla en su honor con el lema: « *¿Che fan qui tante peregrine spade?* »

Desde la campaña de la Lombardia existía en el Piamonte cierto menosprecio y malevolencia entre los paisanos y los militares; aquellos temerosos de un golpe de Estado militar; estos por las críticas y rechiflas que se hacían de sus operaciones militares. Tratabase, por esta razón, de realzar el mérito del ejército, y el ministro de la guerra, con este objeto, hizo ejecutar y distribuir dibujos y gravados representando aquellas acciones gloriosas de la guerra de Crimea en las que los soldados piamonteses habían tomado parte, combatiendo al lado de los Ingleses y Franceses.

Inkerman había borrado la afrenta de Novara, y hecho desaparecer el desaliento que causa siempre una derrota. De Nápoles se envió á La Marmora una espada en cuya hoja se leía el verso: « No ha muerto todavía el antiguo valor en los corazones italianos. » (*L'antico va-*

lore negli italici cor non è ancor morto.) Los de Milán dispusieron un monumento que debía erigirse en Furni, en honor del ejército, é iguales demostraciones venían de otros puntos de Italia en favor de aquel que « solo la defiende á cara descubierta. » Se abrieron suscripciones para guarnecer con cien cañones la plaza de Alejandría, y para dar diez mil fusiles á aquel país italiano que se sublevase el primero.

De modo que la guerra proclamada y emprendida en favor de la Turquía, en realidad vino á resultar contra el Austria, y la paz se transformaba en « semilla de dientes de dragón »; y mientras esta paz garantizaba la conservación de la Turquía, preparaba la destrucción de los principados italianos. Lamartine la definió muy bien al decir, que era « una declaración de guerra, en forma de paz; las adarajas del caos, esto es, la preparación ó el fundamento del fin del derecho público en Europa. »

Deshechas las antiguas alianzas, y no habiéndose conseguido el formar otras nuevas, se originó de esto un desarreglo general: irresolución é incertidumbre por parte de los que se hallaban bien acomodados; desmesuradas esperanzas de los que querían colocarse poniéndose en lugar de aquellos; dura é imprescindible necesidad de recurrir á los rigores, á los suplicios, al estado de sitio y á los secuestros, por parte de los que tenían que defenderse; y mientras tanto, el Piamonte, denunciando todos estos medios violentos y protestando contra ellos, adquiría importancia.

El joven príncipe Francisco José, que apenas contaba diez y ocho años de edad, subía al trono en momentos bien difíciles. Educado con esmero, pero con simplicidad, por una madre prudente é instruida, pero altiva, cual era Sofía de Baviera; cuando empezó á reinar mucho antes de lo que podía esperarse, supo mantenerse respetuoso, pero independiente. Sin ser guiado por miras ni cálculos políticos, sino simplemente por sentimientos afectuosos salidos del corazón, se casó con la hermosa Isabel Amalia, hija de los duques de Baviera; y cuando fué á recibirla á Lintz, dejando á un lado las trabas del ceremonial y la etiqueta, la estrechó en sus brazos y la besó; lo cual le valió frenéticos aplausos del pueblo.

Teniendo á la Italia y á la Hungría sublevadas, á la Croacia vacilante, á la Alemania dispuesta á proclamar la unidad y á elevar la Prusia á su cabeza; siéndole adversa toda la Europa, excepto lord Palmerston que, siendo liberal revolucionario y opresor reaccionario al mismo tiempo, le aconsejaba que se amputase los antiguos miembros, y volviese después á colocárselos de nuevo; Francisco José, naturalmente humano y caballeresco, se vió precisado á ser cruel. Deplo-